

Chismes, cuentos, chascarrillos, anécdotas, epigramas, fábulas, modas, teatros, artículos festivos de los mejores escritores nacionales y extranjeros.

EL CASCABEL.

PERIÓDICO PARA REIR.

Costumbres, semblanzas, tipos, crítica literaria, consejos (que el que los quiera los toma y el que no los deja), acertijos, charadas, logogrifos y lo que verá el curioso lector.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

ADVERTENCIA.

Siendo muchas las personas que piden en nuestra Administración y en las librerías suscripción á EL CASCABEL, y asegurada ya la existencia de este periódico por los siglos de los siglos, hemos resuelto abrir suscripción en Madrid como en provincias y en el extranjero.

PRECIOS.

Por un mes en Madrid.	2 rs.
Por tres meses.	5
Por un mes, en provincias.	2
Por tres meses.	6
Por tres meses en el extranjero.	10
Por seis.	19
Por un año.	38
Por tres meses en Ultramar.	20
Por seis.	40
Por toda la vida en la Luna.	00

La suscripción lo mismo en Madrid que en todas partes, se pagará al hacerla, y no se servirá ninguna que no haya sido pagada.

Se suscribe en la Administración, calle de Jardines, núm. 11, y en las principales librerías de Madrid y provincias.

Quedando pocos ejemplares de los números 1.º y 2.º, las personas que deseen suscribirse deben hacerlo pronto, si quieren tener la colección de EL CASCABEL.

Las suscripciones se cuentan siempre desde 1.º de mes.

EL COCO.

¿Veis todos esos niños revoltosos, golosos, insoportables, que están armando gran algarabía de gritos y sollozos, y haciendo á quien los oye deplorar que no salga cada año un Herodes á dar una vuelta por el mundo? Pues, decid de pronto: «¡Que viene el Coco!» y esta palabra mágica les hace callar instantáneamente y esconderse en los rincones, debajo de las mesas ó en las faldas de su madre ó su nodriza... El temor de ese terrible ser, que se llama el Coco, es el que produce tan repentina transformación.

¿Quién es este terrible personaje? ¿Existe realmente? Si que existe; no hay mas que dar ese nombre á lo que mas tememos. No hay para qué burlarnos de los niños: lo mismo que ellos, en el curso de nuestra vida, todos tenemos nuestro Coco.

¿Por qué aquel jóven tan elegante, tan loco, tan aturdido, que no escatima nunca el dinero cuando se trata de emplearlo mal, que juega y pierde con gran serenidad, se niega constantemente cuando se le busca en su casa? ¿Por qué cuando vá por la calle pasa de pronto de una acera á otra, ó se mete en un portal, ó se encaja el sombrero hasta los ojos, ó se hace el distraído ya que no puede hacerse el invisible? ¿Por qué no quiere, ni á tres tirones, pasar por tal ó cual calle, y para ir, por ejemplo, á la calle de Toledo, dá la vuelta por la ronda? Es que en su casa teme la visita del sastre; en la calle acaba de ver á un fondista que le ha prometido quitarle las muelas con que le mascó lo que no le pagó; y en tal calle y en tal otra viven el sombrerero y el zapatero, y otro que guarda un pagare suyo, etc., etc., á quienes no tiene deseos de encontrar.—Díganme ustedes ahora, ¿no es un Coco cada acreedor?

¿Dónde vá á escape el empresario-director de la Zarzuela? ¿Viene acaso á pedir una á la redacción de EL CASCABEL? No, señor; huye de un jóven que le persigue con un manuscrito en la mano, y de un viejo, honrado padre de familia, que está cesante, y le ha dado por escribir zarzuelas en vez de buscar empleo. Uno y otro le han leído ya diez ó doce obras de las mas infernales, y teme que las que no conoce de los propios autores sean del mismo género. Los autores malos son los cocos de los empresarios.

El señor Lopez es un señor casado con una señora que tiene una tia que la quiere mucho y la convida á comer, sin convidar al señor Lopez, porque este no puede ver ni pintada á la tal tia. Es domingo, y el señor Lopez, mientras su mujer habla mal de él con la tia, se vá á dar una vuelta por la Fuente Castellana con cierta doncella de casa grande, que le cree soltero, y recibe en esta suposición sus obsequios. Aunque tiene certeza de que su mujer está con la tia, el pobre hombre se pone colorado y amarillo cuando de lejos vé un sombrero verde y un vestido de color de ala de mosca, que así lleva su mujer el vestido y el sombrero. Quiere ser amable, galante con su conquista; pero no puede estar tranquilo.—«¿Me quiere usted con buen fin?» dice la conquista.—«Con el mejor de los fines, responde él; yo soy un caballero.»—Y sale á escape, porque ha visto desembocar por una calle de arboles al Coco con la tia.

Ese jóven es un autor, del cual se hace esta noche una obra nueva. La esperanza le anima, su obra no le parece mala, y además fia en que sus amigos estarán allí para aplaudirla. Se dirige al teatro, soñando un éxito asombroso. Se levanta el telon, comienza la obra, y comienza bien; después empieza a ponerse el público muy serio, y acaba por reirse y silbar.—¡Qué chicheos! ¡qué risas!

REVISTA DE MADRID.

No sé lo que os cuente,

no sé lo que os diga;

Tranquila y muy triste

se encuentra la villa;

ya empiezan los frios,

ya empiezan los dias

de sombras y lluvia,

que al pobre acocinan,

y al misero enfermo

le dan mala espina.

Modistas y sastres

de contento brincan

y adornos y galas

preparan las niñas,

que luego habrá bailes

y fiestas magnificas,

chocolates intimos

reuniones líricas,

y acaso ocasiones

para hacer conquistas.

Los padres con esto

aflojan la harina,

y sin ser cantantes

los maridos triban.

Al famoso acróbata

Leotard, lo mima,

lo busca y festeja,

regala y convida

lo mas grande y noble

de la ilustre villa.

¡Leotard abajo!

¡Leotard arriba!

Leotard á todos

atrae y cautiva;

y dicen que hay grandes,

y de horca y cuchilla,

que están dando saltos

todo el santo dia,

y que hacen trapecios

con palos de silla,

y dan volteretas

como aquel artista,

y puede que al cabo

se rompan la crisma;

y ya á tal extremo

llegó la manía,

que sé de un lacayo

que encontró hace dias

á su amo en la sala

con los piés arriba

y la testa abajo,

y á la señorita

cogida con garbo

de las pantorrillas

del amo, una plancha

haciendo magnífica.

No sé yo qué pase

mas que esto en la villa;

asi, pues, lectores,

no sé en mi Revista,

no sé lo que os cuente,

no sé lo que os diga.

Al Cascabelillo

vienen de provincias

muchas adhesiones

que nos regocijan

y que hacen segura

y eterna su vida...

En reirse todos

su ventura cifran,

de llorar cansados

por tantas desdichas,

que todos sabemos

y aquí no se citan...

Y El Cascabelillo,

que no es egoista,

aun cuando no tenga

para él alegría,

dársela asegura

á quien se suscriba.

Dar lo que se tiene

no es gran maravilla...

mas lo que nosotros

no sé quién lo haría...

Es verdad que hay muchas

cosas muy ridículas,

que hay sabios muy zotes,

bravos muy gallinas,

sin criterio críticos,

graciosos sin chispa,

muchos traductaires

de autores con infulas,

políticos chirles,

que con la cartilla

aprendiendo el Christus

estar deberian,

que hay mucha soberbia.

LOS CÓMICOS DE AFICION.

¡qué silbidos! El pobre autor escapa tapándose los oídos.—El teatro estaba lleno de Cocos.

El señor de Rodriguez es un hombre pusilánime, casado por su desgracia con una mujer que ha llegado á dominarle por completo, tanto, que teme mas á su mujer que á un toro. Cuando se casó era un hombre sano y rollizo; á los pocos meses empezó á enfermar, y hoy es un hombre débil, casi estúpido, viejo, sin tener mas de cuarenta años.... y todo gracias á su mujer. El señor Rodriguez no desea ya ni dinero, ni honores, ni amistades, ni posicion, nada, absolutamente nada; solamente desea que su mujer no se enfade y no le hable. El Coco del señor Rodriguez es su mujer.

Ocurre un cambio de gobierno; los ministros que eran dejan el puesto á los que son; los empleados todos tiemblan; el día de la entrada del nuevo ministro todos están en su sitio á la hora precisa; hablan menos, fuman menos, y parece como si á cada uno le hubiera sucedido alguna desgracia en su familia. Para estos el Coco es la cesantía.

El que se retira á su casa después de la una de la noche va temiendo que al doblar una esquina le salga algun Coco á pedirle la bolsa ó la vida.

Para el estudiante desaplicado, cada juez en los exámenes es un Coco tremendo, y para toda mujer es un Coco toda mujer mas bonita y que tiene mas partido. Los periódicos de modas, los escaparates de las tiendas, los cambios de estacion, los carteles de teatros y otras cosas, suelen ser los Cocos de la mayor parte de los padres y los esposos.

Los hombres buenos mozos, elegantes, habladores, bailarines, que representan comedias en sociedad, que cantan, que hacen versos, que tienen entre las señoras fama de rendidos y galantes, son los Cocos mas temibles de los maridos.

El jugador es siempre el Coco del jugador; el que juega al as tiene por Coco al que juega á la sota, y viceversa.

El fiscal de imprenta, ¿qué es sino el Coco de los periódicos?

A los seis años, el Coco es un hombre muy negro, que se lleva á los niños y se los come crudos; á los veinte, es un acreedor; á los treinta, una mujer celosa, ó un marido de malos humos; á cuarenta, el pelo que empieza á blanquear; á cincuenta, la gota, el reuma y otras mil enfermedades; á sesenta, el miedo de la muerte, y un poco mas tarde la muerte misma, que se parece al Coco que nos asustaba en la infancia, y que nos ha seguido bajo diferentes formas en todo el curso de nuestra vida.

—A los piés de usted, señora.
—Vaya usted con Dios.... Dichosos los ojos que le ven á usted.

—¿Y Carolina?...
—Tan buena como está, y tan crecida.... Ahora voy á buscarla....

—Al colegio acaso?...
—No, señor, nó, al ensayo.
—¿Al ensayo?...

—Calle usted! si me tiene mareada con las comedias... Es una aficion la que tiene, que ni come, ni duerme, ni se ocupa en otra cosa que en estudiar los papeles....

—¿Cuánto lo celebro, amiga doña Virtudes!... Es una profesion muy honrosa la de actriz, y muy noble ejercerla, como la niña de usted, para ayudar á su madre....

—¿Quiá! nó, señor; ¡si no gana nada!....
—Señora, pues, ¿qué teatro es ese donde los actores trabajan gratis?

—Calle usted! ¡si es un teatro casero!....
—Me ha muerto usted, doña Virtudes.

—Sí, señor, es una sociedad; ya la habrá usted oido nombrar, *El Parnaso*, que dá una funcion cada quince días... Y si viera usted, todos lo hacen muy bien... y algunos inteligentes dicen que ni en el teatro del Príncipe salen tan bien ejecutadas las comedias....

¡Vaya! ¡y poquito que quieren allí á la niña!... Como que ella lo hace todo, y tiene un desparpajo y un aquel, que no sé de quién lo ha aprendido, y como canta tan bien... Sí, señor, tambien canta, y no hay que decir que ha tenido maestros; ella, ella solita ha aprendido.... ¡Vaya! canta ya todas las zarzuelas, aunque me esté mal el decirlo, mejor que las de Jovellanos. El otro día cantó tan bien aquello de

¿Quién me verá á mi tan compuesta y empergilada salir por Madrid?

que el público se la queria comer, y se lo hicieron repetir seis veces... A mí, ya vé usted, me dá mucho que hacer con sus comedias, y en mi casa ni se cose, ni se barre, ni se hace nada, porque siempre estamos de ensayo ó de funcion... pero, ¿qué quiere usted? como soy tan madraza, cuando la veo salir á las tablas se me cae la baba y.... ¡Vaya! ¡vaya! voy antes de que se concluya el ensayo....

—Acompañaré á usted, y tendré el gusto de ver á la futura Rachel.

—El gusto será suyo.... Ya sabe usted que ella le aprecia á usted mucho.... Si viera usted, muchas veces hemos pensado enviarle á usted billetes; pero, francamente, no nos hemos atrevido, porque como usted es inteligente....

Y hablando de la niña y las comedias, llegamos doña Virtudes y yo á una casa vieja, situada en una calle escéntrica, y cuya entrada parecia ni mas ni menos que la de una cuadra.—Entramos en un salon largo y estrecho como la vida de un pobre, y para no interrumpir el ensayo, tomamos asiento en la primera fila de butacas, es decir, en la primera fila de

bancos, semejantes á los que se ven en algunas tabernas.

Hallábanse en escena dos señoritos, que á lo sumo tendrían cuarenta años entre los dos.

Y decia el uno:

¡Oh! ¡por qué cuando naciste en mis brazos no te ahogué!... ¡Y yo soy tu padre!... ¡Nó! ¡Tu padre no puedo ser!

Y el otro, que era tambien director de escena, añadía:

—Chico, si no lo dices con mas alma....
—Me vendrás á enseñar tú, contestaba el padre....
—Corriente, chico, hazlo como quieras.... Si luego te silban...

—Eso no es cuenta tuya...

Y seguía el director de escena:

—Padre, tu rigor modera yo respeto tu vejez...
—¿Y qué pretendes?...

—Pretendo casarme con doña Inés.
—¿Con doña Inés?... ¡No en mis días!...
—Te juro que no ha de ser!

—Pues será, yo te lo fiol...
—Pues no será, voto á cien!...
—Juntos nos hemos criado, juntos desde la niñez...

iguales son nuestras penas y nuestros gustos tambien...
—Pues igual será el disgusto que los dos vais á tener...
Yo no soy solo tu padre porque soy tambien tu rey...

—Tu autoridad desconozco!...
—Hijo miserable!...

—Ten!...
ó te pego una estocada...
Aquí viene doña Inés.

—Ahora sí que has hecho bien la transacción!...
Y se presentó en escena doña Inés, que era la apreciable hija de doña Virtudes.

—Diga usted, pregunté yo á esta, ¿qué drama es este?...

—Calle usted! si es nuevo tambien; lo ha escrito un chico de la sociedad, que es escribiente de una lotería, y tiene un talento... ¡Ya verá usted qué golpes tiene!...

Y decia doña Inés:
Gran Señor cielos Ricardo.

—Nó, hija, nó; observó el director de escena, se dice así:

¡Gran Señor!... ¡Cielos! ¡Ricardo!
—¡Cielos! ¡Ricardo!—es aparte.

—¿De dónde vienes, mujer?..
—De preguntar á las aves y á las flores del eden,

si mi amor es flor de un día que nace y muere con él.
—(¡Qué bella!)

—Pues yo, Inesita, la respuesta te daré... Es preciso que renuncies...
—Gran Señor, ¡eso es cruel!...

gran palabrería, mucha farsa en todo.... mucha, mucha envidia, y otras muchas cosas que aquí no se citan. Todo esto á cualquiera espanto le inspira, pero este periódico se atreve y se obliga á que á los lectores les dé todo risa.

Basta de paréntesis, vuelvo á mi Revista, aunque no sabiendo qué pasa en la villa, no sé lo que os cuente, no sé lo que os diga.

Os diré que aumentan las chicas bonitas, que con sus hechizos nos ciegan y hechizan, os diré que el mundo muy poco varía, que roban al rico cuando se descuida, y roban al pobre por no darle envidia; que hay viejas compuestas, descompuestas chicas, feas que se casan y solteras lindas, tontos que lo entienden, sábios que no atinan á ganar el triste

pan de cada día, que hay diez mil tabernas en la corte y villa, treinta en cada calle y una en cada esquina; que al fin ya la patria no está desvalida, que ya tiene padres para nuestra dicha; que de esto no digo: «esta boca es mia.» porque yo no entiendo jota de política, y aun cuando entendiera me lo callaría, que en boca cerrada no entra la morcilla, y al cabo, conforme el refran lo afirma, vale un por si acaso mas que un ¿quién diría?

Fuera de estas cosas, de todos sabidas, confieso, lectores, que en esta Revista no sé lo que os cuente, no sé lo que os diga.

Los días de lluvia es cosa de risa, ver á los que salen á ver pantorrillas. Hay hombres que tienen tan nécia manía, y arrostran impávidos

del tiempo las iras, y á morir se esponen de una pulmonía, y á que algun vehiculo los haga ceniza. Detrás de una dama con la media limpia y el pié bien calzado recorren la villa, aunque no la vean la fisonomía, y se hallan á veces, volviendo una esquina, con que la señora que así les cautiva, es algun vestiglo, sino es una harpia, que pueden tenerse buenas pantorrillas, y una estampa como la de la heregial. Los aficionados no se desaniman, y aun cuando les caiga el diluvio encima, desde los portales, desde las esquinas están esperando buenas pantorrillas.

Lectores, no estiro ya mas la Revista... porque como dije algo mas arriba, no sé lo que os cuente, no sé lo que os diga.

—¡Vé usted qué bien corta el verso! me dijo la madre.

—No eres tú, no, la culpable; pero hija, ¿cómo ha de ser!

—¡Tu madre fué una perdida!

—¿Cómo perdida?... ¡Oiga usted! exclamó doña Virtudes. Yo no quiero que se diga eso en la comedia.

—Pero mamá, ¿a usted ¿quién le dice nada?... repuso discretamente la niña.

—No importa, no; todo el mundo sabe que tú no tienes mas madre que yo... ¡Pues no habria luego pocas habladoras!

—Pues el autor no está aquí ahora, y no se puede enmendar.

—Pues que lo enmiende luego...

—¡Corriente! ¡prosigamos!

—No, señor; no se pasa edelante sin que esto se arregle, y si no lo quieren ustedes así, busquen otra que haga el papel...

—Pero mamá, no sea usted así.

—Nada! nada! Vamos a casa, niña.

—Pero señora...

—Vayan ustedes a divertirse con una mona... Pues no faltaba mas... ¡Oh! y lo que es eso lo ha puesto el autor para que yo saltase... ¡Habrá títere! No, pues como yo se lo diga a su padre, se gana una paliza que tiene cama para un mes.—Si siempre he dicho yo que de cabeza tan redonda no podía salir cosa buena... ¡Mire usted que tiene mucha gracia poner esas palabrotas en una comedia!

—En eso tiene usted razón, añadi yo, pero no la tiene usted en darse por aludida...

—¡Vaya! ¡usted tambien se pone de parte de ese insolente!

—Señora, yo no, pero...

—¡Nada! ¡nada! cuando yo no quiero que digan eso en la comedia, ya sé por qué lo hago.

Y con esto salimos del teatro, acompañados de uno de los señoritos, que mientras yo procuraba convencer a la madre de que era estremada su susceptibilidad, procuraba convencer a la niña de su amor, segun pude comprender por alguna que otra palabra suelta, por las miradas que la dirigia y por los dengues que la pobrecita hacia.

—¿Quién es ese jóven precoz? pregunté a la madre.

—Ese?... Ese si que es un buen muchacho... Es hijo de un tendero, pero que tiene mas pesetas...

Ya le verá usted en la función, ¡qué trajes tan ricos saca!... Y su padre es el presidente de la sociedad, y se gasta un dineral solo porque se luzca el hijo... Es el único con quien nosotras hacemos migas; porque, ya vé usted, mañana ó el otro mi niña tiene que colocarse... y ¿con quién mejor?... Porque, desengañese usted, en el dia, el hombre que tiene uno, dos ó medio, es el mejor, y riase usted de cuentos; la mujer debe aspirar a casarse con un hombre a quien le reluzcan las espaldas, sin pararse en si es esto ó lo otro, ó si su padre está detrás de un mostrador ó vende tachuelas.

Y llegamos a casa de doña Virtudes, y allí me despedí de la mamá y la niña, prometiéndolas no dejar de asistir a la función, por mas que esto fuera imponerme un martirio, y dar la mayor prueba de abnegacion.

Y pasados algunos dias, cuando no me acordaba ya de doña Virtudes, ni del rey, ni de doña Inés, recibí bajo un sobre un billete, que a la letra decía lo siguiente:

EL PARNASO.—Sociedad dramática.—Billete de convite.—Fila 6.ª, núm. 8.

Y al respaldo el programa, que era como sigue:

1.º Sinfonía por la orquesta.

Como si la sinfonía la pudieran tocar el alumbrante y el receptor de billetes.

2.º El drama nuevo, histórico, en cinco actos, en verso, escrito por un individuo de la sociedad, que desea guardar el incógnito hasta la conclusion, titulado: *Lo que puede un rey ó las amarguras de doña Inés*, desempeñado por la señorita doña Carolina Perez (la hija de doña Virtudes), y los socios señores Martínez, Rodriguez, Fernandez, Hernandez, Ramirez, etc., etc.—3.º La señorita Perez cantará la romanza del tercer acto de *Jugar con fuego*, a petición de algunos socios.—4.º El drama en un acto *El puñal del Godo*.—5.º y último. La comedia en un acto *No mas muchachos*.—La función empezará a las nueve de la noche.

—Y se acabará a las nueve de la mañana, exclamé; pero esclavo de mi palabra, y no queriendo desairar a la primera dama, me propuse no faltar.

Llegada la hora terrible me dirigí al teatro, que estaba lleno de bote en bote, de una concurrencia *sui generis*, completamente desconocida, y en la cual habia unas caras, de que yo no tenia idea, y que jamás habia visto en ninguna otra parte. El teatro estaba mezquinamente alumbrado por algunos quinés, que, a juzgar por la luz que a la sazón despedían, sospeché que nos dejarían completamente a oscuras a la mitad de la función, tal vez en la escena mas patéticadel drama.

Ya serian muy dadas las diez, cuando, despues de agotar la orquesta (una flauta, tres violines, un fi-

gle, un tambor y un violon) todo su repertorio para entretener la impaciencia del noble concurso, se levantó el telon, y se dió principio a la representacion del drama, que dias antes habia yo visto ensayar, en parte.

¡Qué manera tan deplorable de representar comedias! de aquellos malditos cómicos! ¡Qué gestos! ¡Qué desentono! ¡Qué manoteo! En verdad te digo, amigo lector, que nunca he sufrido mayor tormento, y jamás he tenido intencion peor, respecto del prójimo. Yo deseaba para aquellos prójimos el cólera, el tifus, el bubon, todas las enfermedades mortas, y a ser yo quien de ellos hubiera de haber dado cuenta, no me hubiera contentado con menos de diez años de cadeua para cada uno de aquellos asesinos del arte.

Figúrense ustedes si lo harian mal aquellos desventurados, que siendo el drama rematadamente malo, ellos eran indignos del drama.

El autor del drama debia ser el animal mas grande de los infinitos que hay en el mundo, porque el drama era la bestialidad mayor que se ha imaginado.

La accion era en tiempo de la Beltraneja, y uno de los personajes decia muy serio:

Ayer, yendo con mi hermana, miento, que fué antes de anoche, ví a la Beltraneja en coche en la Fuente Castellana.

Aquel verso que tanto ofendió la susceptibilidad de la madre de Carolina, lo habia variado el autor en un acceso de galanteria.

Ya no era — *Tu madre fué una perdida*, — sino *Tu madre fué una Traviata*, palabra que le sonaba muy bien a mi señora doña Virtudes.

Pero al público le gustaba estraordinariamente el tal drama, a juzgar por los aplausos que le prodigaba, y lo que de él se decian unos a otros.

—¡Mire usted que lo hacen bien! decia detrás de mi una señora mayor, al lado de la cual habia otra con dos jóvenes, no feas, por cierto, que debian ser costureras en blanco ó cosa así.

—¡Vaya! contestaba otra, yo le digo a usted con verdad, que mejor vengo aquí que al teatro, porque vamos al decir, que lo hagan bien allí no tiene gracia, porque al fin, para eso han *deprendido*; pero, ya vé usted, doña Manuela, estos pobres no han tenido maestro ni *prencipios*, y lo que hacen es porque les sale de *adrento*, y dá gusto verlos cómo se esmeran ellos, y cómo se poseen del papel, que no parece sino que *talmente* les pasa a ellos lo que dice la comedia.

—¡Y mire usted que es bonita la comedia! contestaba doña Manuela. Mire usted que está bien esa relacion del rey, quejándose de que su mujer no le quiere.

—¡Calle usted, si eso hace llorar a las piedras!

—Y cómo debian aprender aquí algunos matrimonios que hay ahora; pero si, si, no te compongas... Ahora nadie hace caso de lo que dicen las comedias...

—¡No vé usted que este es el siglo de la *enhustracion*!... Así está el mundo, que se vé cada cosa, que se queda una con la boca abierta.

Y a cada vulgaridad de las muchas que con pretensiones de pensamientos de gran trascendencia habia en el drama, las dos bucnas señoras esclamaban: «¡verdad! ¡verdad!—¡Bien dicho!—¡No es mala la indirecta!—¡Tómate esa y vuelve por otra! etc., etc.»

Y solia decir el actor: «no por mucho madrugar amanece mas temprano, ó ¿adónde irá el buey que no arca? ó todos somos iguales despues de muertos,» y otras verdades de igual calibre.

En el entracto del primero al segundo, la señora con quien estaban las dos jóvenes, dirigiéndose a una de estas esclamó:

—Saca eso, niña.

Y esta presentó a la mamá un pañuelo que envolvia una libreta en dos pedazos, en medio de los cuales se ostentaba una tortilla que trascendia a escabeche.

—Tome usted, doña Manuela, dijo ofreciendo a la otra señora.—Yo siempre traigo algo que comer, porque si no está una hecha una tonta, sin saber qué hacer en los *entremedios*, y como esto se concluye tarde, si no se toma algo, le queda a una una debilidad...

Repartieronse buenamente la tortilla aquellas mujeres, con grandes risotadas de unos jovencuelos que estaban en otra fila inmediata, y que de vez en cuando dirigian algun epigramático, requiebro a las niñas, quienes se ponian coloradas como pavos, y cuidaban de meterse el bocado en la boca con cierto disimulo, y ponerse despues el pañuelo delante, para que no se advirtiera que en aquel zaquizami de Talía estaban merendando, ni mas ni menos que si se hallaran de gira en el Vivero ó en la pradera del corregidor.—Y dieron cuenta de ella antes que se levantara el telon, y sacudieron despues las migas que les habian quedado en las faldas, y se dispusieron a arrostrar las emociones que les iban a hacer experimentar las situaciones del drama, de las que ya sospechaban ellas algo, deduciendo de lo que habian visto en los actos primero y segundo.

Volvió por fin a levantarse el telon, y continuaron los aficionados entrando y saliendo, y diciendo disparates sin cuento, y despachándose a su gusto de la manera mas lata posible, con gran contentamiento del ilustrado público, que recompensaba sus deplorables esfuerzos con nutridos aplausos.

Llegó una escena en la que se presentó un nuevo personaje, representado dignamente por un zángano, que de puro animal le debia nacer la yerba bajo la barba, y que adelantándose gravemente y deteniéndose cómicamente al ver al rey, esclamó:

El rey cielos me he perdido.

—¡Ah bárbaro! exclamé yo sin poder contenerme.

—Caballero, *repórtese* usted, me dijo un señor que estaba a mi lado, y en quien hasta entonces no habia reparado yo.

—¿Qué quiere usted decir?... le contesté.

—¡Nada! repuso;—que ha llamado usted bárbaro a mi hermano político, y yo no lo consiento.

—¡Hola! ¿conque don Nuño Pero de Perez (asi se llamaba aquel personaje) es cuñado de usted?...

—Sí, señor, para servir a Dios... Y ya vé usted que estando yo casado con su hermana, no he de consentir que en mis barbas se le llame bárbaro...

—Lo que no debia usted consentir es que en las barbas de tanta gente honrada, saliese él a decir disparates y a dar de bofetones a Talía, Melpómene y demás señoras del Parnaso.

—Mire usted, añadió, me parece que usted se quiere *guasear* conmigo, y mire usted, lo que es conmigo no se divierte usted, porque...

—Vamos, hombre, no sea usted tan majadero como el hermano de su mujer de V... He dicho: «¡Ah, bárbaro!» porque ha salido diciendo un sacrilegio, y porque tiene las mismas disposiciones para el teatro que yo para echar tapas y medias sueltas.

—Es claro, observó una de las señoras de la tortilla, terciando en la conversacion; ¿querra usted que aquí lo hagan como en el teatro!... Ya vé usted, el que mas y el que menos está toda la semana trabajando, y no tiene mas que el domingo para *ensayarse y construirse*.—Y sobre todo, ¿a qué viene usted, si no le gusta?... Aquí a nadie se obliga, y el que no lo quiera así, que no venga, que aquí nos divertimos sin hacer daño a nadie...

—Sí, señora, sí, se divierten ustedes perjudicando notablemente a la literatura;—bien que usted no sabrá quien es esa señora...

—No, señor; ni ganas... Alguna cómica empingorotada...

—Y se divierten ustedes perjudicando muy mucho a esos jóvenes, a quienes los infinitos aplausos que ustedes les prodigan, engríen lastimosamente, haciéndoles presumir que, abandonando el oficio que emprendieron, y empuñando la carrera del teatro, van a seguir el camino que directamente conduce a la gloria... Y lo que sucede despues es que el público, cuando llegan ellos a lograr presentarse en un teatro, los desprecia profundamente; y, olvidados ya del oficio que antes tenían, ó aficionados al trato de los artistas y a la vida del teatro, siguen con su mania años y años, debiendo resignarse por último, a ocupar en la escena un lugar insignificante, y a vivir miserablemente, y a no tener sobre qué caerse muertos el dia en que las enfermedades y la vejez los inutilicen para la escena, y a morir en un hospital abandonados de todos, y sin que sus nombres queden mas que en los repartimientos de alguna comedia, entre los últimos personajes de la misma.—Si le parece a usted ahora que los aplausos que dan ustedes a esos pobres muchachos no les hacen mas daño que otra cosa...

—¡Bah! ¡Bah! eso es poner la horca antes que el lugar. Esos chicos no han de ser cómicos...

—¡Oh! sí, señora, si lo serán, porque usted no sabe cómo halaga a estos jóvenes la esperanza de ser aplaudidos y aclamados, y qué magica influencia ejercen en ellos esas abigarradas decoraciones, y esos trajes exóticos, y las delicias, en fin, de que ellos creen llena la vida del actor.—No saben ellos que la vida del verdadero artista es la vida del trabajo y el estudio; no saben ellos que no se ganan los aplausos del público, si no despues de muchas vigiliass y de muchos dolores... Pero me parece que es inútil que hablemos de eso, señora, porque ni usted entiende de esto, ni yo he de perder el tiempo discutiendo con usted, aunque lo mismo me dá perderlo así, que perderlo oyendo las sandeces del drama.

—Diga usted, me preguntó una señora que me habia estado escuchando con profunda atencion, ¿es usted del teatro?

—No, señora, no, le contesté; yo tengo la buena cualidad de no intentar hacer mas que lo que puedo; y si me hubiera dedicado a ser actor, ya me hubiera muerto a pesadumbres el público.

—Porque le diré a usted; yo tengo una hija; esta que vé usted, que antes trabajaba aquí, pero, ¡cosas de muchachas! se puso de punta con la Carolina, y hace dos meses que no trabaja; porque como la otra es tan loquilla, y dicen que si fué, que si vino con el hijo del presidente, que antes la queria a esta, todos la miman mucho, y para ella son siempre los papeles de lucimiento; esta, ya vé usted, no ha querido ser menos, ni que seria de ella nadie...

¡Jesús! y lo que es en eso ha hecho bien; porque, ¡válgame Dios! si su padre levantara la cabeza, y viera lo que aquí hacían con ella... ¡Ay! con verdad le digo á usted, que mil veces he dado gracias á Dios porque no hay hombre ninguno en casa, porque de fijo hubiéramos tenido alguna desgracia por el dichoso teatro... Así es que nos hemos retirado, y aquí venimos para que no digan que estamos picadas; pero, mire usted, no lo puedo remediar, la sangre se me sube á la cabeza cuando veo á esa ton-tuela haciendo los mejores papeles... Pues sí, señor; quería que usted me dijera si la niña sirve para el caso; porque, ya vé usted, yo soy viuda; las cosas están muy malas; cosiendo no se gana nada, y en fin, yo quisiera que ya que ha empezado, siguiera la carrera...

—Señora, le contesté, yo no tengo motivos bastantes para juzgar de las disposiciones de su hija de usted...

—¿Le parece á usted que la meta en el *Conversatorio*?

—Nada pierde por eso; allí aprenderá mucho mas que aquí, eso sí; pero si no tiene vocación de actriz, genio de artista, perderá el tiempo lastimosamente...

—Pero allí me dirán...

—Sí, señora, sí; allí le dirán á usted que sí; pero podrá no ser verdad...

Terminaba el drama, y el público comenzó á pedir la salida del autor, que no estaba deseando otra cosa por lo visto, puesto que al momento se presentó en escena.

Era un imberbe mancebo, que luego se manifestó en la sala, acercándose á saludar á unas señoras, entre las cuales habia una vieja, que abrazándolo fuertemente, le dió dos sonoros besos, y despues un par de yemas y una rosquilla. Era la madre del nuevo Comella, que no habia podido resistir á sus instintos maternales; pero el muchacho se puso muy serio, y la rechazó, como avergonzado de aquellos besos que le daba su madre... Yo le hubiera dado un par de puntapiés por poetastró nécio y por hijo ingrato.

Conforme estaba anunciado, cantó despues la hija de doña Virtudes la preciosa romanza de *Jugar con fuego*.—¡Ay! ¡querido Barbieri! si tú la hubieras oido; tú, de carácter tan bondadoso y pacífico, no habrias podido resistir aquel exabrupto, y hubieras dado un puntapié á cada uno de los profesores de la orquesta, y puesto de vuelta y media á la prima donna.—¡Y aquel público la hizo repetir!..

Siguio el *Puñal del godo*, que bien supieron ellos lo que se hacían, aprovechando la ausencia de Zorrilla.—Si este hubiera estado allí, ó mueren ellos ó él.

Cuando acabó la pieza *No mas muchachos*, en la que lució toda su habilidad la hija de doña Virtudes, me apresuré á salir del teatro diciendo: «No mas comedias de aficionados!» dándome á todos los diablos, y llenándome de improperios por haber sido tan débil y haber asistido á aquella monstruosa función.

Eran las tres y media, y las calles estaban como boca de lobo.—Al volver una esquina, tropecé con un bulto, que era un hombre muy templado, que con voz cavernosa me dijo:

«¡La bolsa ó la vida!»

—Para servir á usted, le dije.—Tome usted la vida, y me hará gran favor, porque así me libraré de ver las cosas que se ven en este mundo.

—No, señor, contesté; vengán la capa, y el gabán, y el reloj.

Y él mismo, para que yo no me molestara, tuvo la amabilidad de tomar estas prendas, enseñándome al mismo tiempo una navajita como de media vara.

Al dia siguiente amanecí con pulmonía, y si no me llevó Dios, fué porque Dios, que es justo, no podía permitir que yo dejara de dar su merecido á los cómicos de oficion.

CASCABELES.

Nos apresuramos á publicar la siguiente solución á las charadas insertas en nuestros numeros 1.º y 2.º, que nos remite una señora de esta córte.

1.º
La prima de tu charada pienso que es la nota *mi*; que toda muchacha mira aquí y en Valladolid, no es raro; si la muchacha busca un esposo gentil; que las flores son bonitas; nadie lo puede decir como yo, que tengo en casa tiestos, estufa y jardín; en que era la cuarta *rés* confieso que no caí, pero al cabo mi marido lo ha podido descubrir; el nombre del extranjero

debe ser por lo que oí, *Mirés*, aquel del empréstito, que hizo temblar al país; y el todo es, si no me engaño, un pueblo donde viví, y el nombre del Presidente del Consejo de Minis—tros.

2.º

Mona y chispa, á lo que entiendo, son casi una cosa misma, y *mona* llama un baboso á quien es quizá una harpia; de fijo que es el dios *Momo* tu primera repetida, y es una *rés* tu tercera, como en la otra charadita; y será «¡Oh témpora! ¡oh mores!» la vetusta muletilla que dices en tu charada, que escriben los periodistas, y el todo será el ministro que es hoy de Gracia y Justicia, puesto que el todo es *Monares*, y así el ministro se firma.

UNA SEÑORA DE ESTA CÔRTE.

Al fin se ha resuelto que el drama *Virtud y Libertinaje*, que la censura habia prohibido, puede representarse.

El censor de teatros ha hecho un favor al autor, pues de antiguo se sabe que las cosas prohibidas son las que mas gustan, que por algo se dijo aquello de que la privacion es causa del apetito.

A la mujer de don Ginés Carranque, estando en el Retiro, se le antojó un patito del estanque... y su esposo, que es digno de una albarda, bajó á cogerle el pato, pero un tiro, como era su deber, le sopló el guarda.

Y con esto, lector, de probar trato que el marido es quien siempre paga el pato.

La *Iberia* llamaba feos el otro dia á dos señores de los que componian la mesa de elecciones en uno de los distritos de esta Córte.

Es decir, que ya no puede un hombre ser feo sin esponerse á tener, ademàs del disgusto de serlo, el de que se lo digan los periódicos.

El mejor dia vá á decir un periódico:

«El marido de doña Fulana estaba ayer haciendo el amor á Doña Zutana en la esquina de la Calle del Perro;» ó «La criada de Don Fulano no pagó ayer los garbanzos en la tienda, porque, segun dijo, su amo habia perdido todo el dinero á una sota.»

En Colmar (ahí en el camino de Carabanchel) se acaba de representar la primera ópera en dialecto alsaciano, y el entusiasmo que produjo fué tal, que hubo que repetir todo el acto tercero. Titúlase *Las tres bodas en el valle de Balais*.—Recomendamos al teatro Real esta ópera, ya que el público no parece muy dispuesto á entusiasmarse este año.

Todos los periódicos extranjeros y algunos españoles, se ocupan en señalar cuales deben ser los primeros actos del emperador de Méjico, en cuanto tome posesion de este empleillo.

Lo primero que debe hacer, á juicio de EL CASCABEL, es obligar á los mejicanos á que nos paguen los derechos de nuestras obras dramáticas que se representan allí, sin que al autor le produzcan mas que el disgusto de no cobrar un cuarto de los mejicanitos.

Anuncia un periódico que un autor concluye una comedia que se titula *La opinion pública*.

Peliagudo es el asunto. Y en verdad que con este título podria hacerse, si no una comedia, por lo menos un sainete, cuyos personajes podian ser los periódicos políticos de la córte.

Ni los sainetes de *La casa de Tócame Roque* y *Las castañeras picadas* tendrian mas gracia que el que indicamos, escrito por un autor de chispa y con conocimiento de causa.

Y podria tambien hacerse una zarzuela del mismo asunto, pero no con música de ninguno de nuestros compositores, sino con música celestial, que daría mas carácter á la obra.

En el teatro del Príncipe hay una comedia que se titula *El mundo por dentro*.

Tarea es superior al autor de esa comedia y á todos los autores presentar el mundo por dentro. Puede que sea algun mundo nuevo, y no como el de Colon.

El miércoles en la representacion de *El Trovador* hubo gran escándalo en el teatro Real: unos aplaudian y otros silbaban, y nadie se entendía.

Si esto se viera en la Plaza de toros nada podria extrañarse; ¡pero en el teatro Real... en el teatro favorecido por toda la aristocracia, por los *inteligentes del Paraiso!*... porque al paraiso van muchos inteligentes, segun dicen; lo que falta es que nos digan en qué son inteligentes los concurrentes constantes del Paraiso.

TEATROS.

La comedia del señor Serra, *El amor y la Gaceta*, ha obtenido buen éxito en el teatro del Príncipe. Es esta obra, sin embargo, la que menos vale de las de su autor, pero el estado en que desgraciadamente se halla el señor Serra, no es el mejor para que un autor pueda pensar y madurar el plan de una comedia, que es la tarea más difícil del poeta dramático. Así es que la comedia á que nos referimos, solo se distingue por la gracia del dialogo; esto ya es mucho, y nosotros lo preferimos á los sermones hipócritas, y á las vulgaridades políticas, y á las pretensiones filosóficas de otros autores. El público opina como nosotros en este punto.

La ejecucion de la comedia á que nos referimos, ha sido muy esmerada; el teatro del Príncipe está perfectamente dirigido, y los actores todos tienen fé y deseo de complacer al público. Esto tambien es mucho, que otros actores hay que no se cuidan mas que de cobrar el sueldo, no escaso por cierto, que saben siempre mas que los autores, á quienes prete den enseñar y corregir, y que tienen el mismo interés por las obras que representan y por la empresa que les paga, que por el estado de salud de la diosa Cibeles.

El teatro de la Zarzuela no ha puesto en escena durante la semana última mas que obras del repertorio. Con tantos actores y actrices y tantas obras nuevas como tiene este teatro, nos parece que podria dar alguna mas variedad á sus funciones. Esté, de ninguna manera es un cargo, pues la empresa es dueña de su teatro, y puede hacer en él lo que se le antoje, como cualquiera en su casa. En el *Juramento* se presentó la señora Hueto, á quien ya conociamos por haberla visto en el Circo. Nada bueno ni malo tampoco podemos decir de esta apreciable señora, hasta que la veamos en una obra nueva.

En el Circo se ha puesto en escena *Adriana*, drama en que brillan mucho Teodora y Arjona. Ensáyanse en este teatro algunas obras nuevas, á las que deseamos mejor fortuna que á las estrenadas hasta ahora. Se nos olvidaba decir que en *República conyugal* se presentó la actriz señora Zafrané, de quien tampoco diremos por hoy nada bueno ni malo; prometemos, sin embargo, aprovechar la primera ocasion de hablar bien del mérito artístico de tan apreciable señora, —que lo que es á cortés pocos ganarán á EL CASCABEL.

Romea ha puesto en escena *El arte de hacer fortuna*, *El qué dirán*, *El hombre de mundo*, y otras novedades por el estilo, muy buenas para hacer brillar el gran talento del primero de nuestros actores, pero muy malas, por lo viejas, no por falta de mérito, para que la empresa de Variedades tenga grandes ingresos.

Ya tenemos compañía en el teatro de Novedades, de la que forman parte la Rodriguez y la Rizo, Guerra, Ortiz y Catalan. La Rodriguez y la Rizo, ya sabemos lo que son; dos actrices de mérito, que si tienen buen director de escena, merecerán bien del público y de EL CASCABEL. A Guerra no le conocemos mas que para servirle, y con Catalan nos sucede tres cuartos de lo mismo.

En el teatro Real han cantado y gritado á su gusto y al del público, que es lo principal, los artistas de la compañía. Las óperas son las mismas de siempre, pero los abonados del teatro Real no se cansan de... verse los unos á los otros, y de lucir los trajes y telegrafear á su antojo.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa, calle de Juanedo, núm. 19.